



Sergio Porlán
Posibilidad de líquen
Miguel Ángel Hernández

En La posibilidad de una isla, Michel Houellebecq nos habla de un futuro en el que los cuerpos han dejado de sentir y han perdido la capacidad de experimentar emociones. A los clones sólo les queda el recuerdo de lo que una vez sintieron los cuerpos originales. Pero ellos son pura biología, una maquinaria perfecta incapaz de amar. Cuerpos, por tanto, en el límite de lo humano. En Máquinas como yo, la última novela de Ian McEwan –publicada este mismo mes en España–, se plantea un escenario inverso: la inteligencia artificial ha evolucionado y algunos robots, semejantes en apariencia a los humanos, pueden sentir, odiar y amar.

Estos dos extremos son, en realidad, las dos caras del imaginario moderno desde sus inicios: un futuro deshumanizado en el que los cuerpos cada vez más se convierten en máquinas y las máquinas en cuerpos. Un proceso de maquinización de los sujetos –ampliados, protésicos, obsoletos en sí mismos, y cada vez más insensibles– y de humanización de las máquinas –cuya utopía es precisamente la de una inteligencia artificial capaz de producir y desencadenar emociones–.

Las obras que plantea Sergio Porlán en esta exposición no están lejos de estas reflexiones. Pero no nos hablan tanto de un tiempo por venir, sino de un tiempo que ya está aquí. Un futuro que ya fue. De algún modo, su trabajo con el desguace, lo obsoleto y la ruina nos sitúan en un futuro incierto que parece ya haber sucedido. Un pasado-futuro –por usar la expresión Reinhardt Koselleck –.

Al entrar en la exposición tenemos la sensación de adentrarnos en un paisaje tras un naufragio. Se produce una alteración de tiempos. El futuro es visto como un pasado. Un tiempo ruinoso. Y eso hace que se reconfigure nuestra relación con nuestro propio presente, al que llega ese espectro del naufragio posible.

En este mundo sumergido, un futuro-pasado tomado por el líquen, las máquinas y los escombros han adquirido cualidades antropomórficas y nos hacen pensar en cuerpos desmembrados, fragmentos recompuestos en los que parece latir una cierta vida. El depósito de gasolina de una motocicleta nos hace imaginar un torso. Con un ombligo lleno de coral. Una nueva forma de vida que nos inquieta porque no podemos comprenderla, porque rompe los modelos que utilizamos para pensar el mundo. Una experiencia que Freud describió en 1919 como “lo siniestro”, esa sensación paradójica que afecta a las conocidas que de repente se tornan extrañas. Sin lugar a duda, lo que el espectador encuentra en esta exposición está atravesado por esa inquietante extrañeza, por la tensión explosiva entre lo animado y lo inanimado, entre el pasado y el futuro, entre la humano y la máquina, entre lo blando y lo duro..., entre lo orgánico y lo inorgánico.

Precisamente de eso escribía Mario Perniola en El sex appeal de lo inorgánico, de esa materialidad afectiva de las cosas, del vestido, de la tela..., del cuerpo y la piel de los objetos.

Y de la relación que establecen con lo humano.

El deseo, el placer, el miedo o la repulsa que nos provocan. Las cosas que nos miran, que nos tocan, que nos abrazan o nos repelen. Las obras de Sergio Porlán parecen tener esa cualidad.

Suscitan un deseo extraño, despiertan una sexualidad objetual en el límite del fetichismo. Incluso las pinturas se transforman en cuerpos. Aparecen en ellas pequeñas protuberancias protésicas que les confieren cualidades humanas y casi animan a tocar –como el célebre Prière de Toucher de Marcel Duchamp–, igual que el resto de las obras de la exposición, donde la dimensión táctil va acrecentándose de obra en obra. Esta percepción háptica –el ojo que toca y siente la textura del mundo–, este deseo gradual de palpar y obtener placer a través de la piel se reserva para el pequeño habitáculo textil situado casi como un cuarto oscuro en el reservado de la galería. Allí finalmente el placer se libera y podemos acariciar y dibujar formas en un muro de lantejuelas. Una piel de tela que nos rodea y nos abraza.

Esta percepción libidinosa nos recuerda también a la “materialidad perversa” del universo cinematográfico de David Cronenberg, en especial a la fascinación por el accidente de Crash, la película basada en la novela homónima de J. G. Ballard. Allí, los sujetos –precisamente porque ya no encuentran nada que les satisfaga– buscan la emoción del extremo. Una atracción por el accidente que les hace también desarrollar una pulsión sexual por los estragos que causa en el cuerpo, la cicatriz, la herida o incluso la prótesis.

En las obras de Sergio Porlán hay algo de esa seducción por el accidente –que según Paul Virilio es algo propio de nuestra época–. Aunque en sus esculturas aparece aún con más fuerza un sentido de duelo, de lamento por algo que ya jamás podrá ser recompuesto. Es ahí donde emerge el espíritu del alegorista barroco que está presente en la producción de este artista desde el principio. El alegorista que, como observó Walter Benjamin, intenta reconstruir el sentido del mundo y que es consciente de que ya el origen se ha perdido para siempre. Los fragmentos ya no pueden reconstruir el mundo tal y como fue. Así que sólo nos queda construir un mundo nuevo –diferente– y edificarlo sobre el escombros y los deshechos del pasado.

El artista trabaja entonces casi como el Doctor Frankenstein, en la mesa de autopsias, creando nuevos cuerpos que contienen memorias múltiples, yuxtaponiendo elementos y materiales que pertenecen a tiempos y contextos diferentes. En “Este funeral es por el cadáver equivocado”, Hal Foster denominó a este procedimiento “lo asincrónico”, el montaje de temporalidades contrapuestas que se relacionan entre sí a través del conflicto, creando un nuevo objeto en el que perviven varios mundos.

Las esculturas de Sergio Porlán despliegan esta yuxtaposición de mundos. Y también muestran el conflicto irresoluble. No anulan el accidente original, sino que lo integran y mantienen su memoria. Y sobre todo lo ponen ante nuestros ojos. El accidente y el paso del tiempo. Porque en última instancia, Posibilidad de líquen, nos confronta con nuestra propia mortalidad. Con nuestros cuerpos frágiles y fugaces. Con lo que se irá de nosotros y con lo que nos sobrevivirá.